

Método y Significado de una Literatura

— I —

¿INDICE O HISTORIA?

En ese superabundante análisis que es su *Arte y Resurrección* de Martín Fierro, Ezequiel Martínez Estrada distingue siete lecturas posibles del poema de Hernández. Tal vez todos los libros las admitan: la mayoría de ellos — seguramente — no las necesitan. El reciente *Índice de la Literatura Hispanoamericana* — La Ensayística (Guaranía, México, 1954, 600 pp.) no exige tantas lecturas como el *Martín Fierro*; unas cuantas por lo menos pueden, sin duda, sinoparse. Pero es un libro que acepta una serie, bastante variada, de enfoques, una diferencia, relativamente grande, de niveles de comprensión.

Una primera lectura del *Índice* se deslumbrará con la cantidad de autores de que se habla, con el volumen e importancia de las opiniones que se aventuran, con el largo rol de libros que se comenta y se juzga. Esa impresión la registran crónicas recientes de Vicente Salaverri y de Isidro Más de Ayala.

Una segunda, una tercera lectura, ya advertirán otras cosas.

Advertirán, por ejemplo, que este libro no soporta la prueba de un método y que trata, por oblicuo sesgo, de evitar esa insuficiencia. En declaraciones recientes hechas a Ángel Rama y publicadas en el ya fenecido semanario *Match*, Zum Felde ha destacado que su libro es un *índice* y no una *historia literaria*, porque prescinde (no siempre) de cuadros históricos, de biografías, de cronologías, de correlaciones.

Muchos indicios y fundadas presunciones permiten sospechar que tal explicación no es de las válidas. Primero, porque los elementos que Zum Felde excluye — y el biográfico especialmente — no siempre han sido considerados imprescindibles por muchos historiadores de la literatura convictos y confesos. Muy cerca de nuestra mano tenemos, por ejemplo, el *Histoire de la littérature française contemporaine*, de René Lalou. Se trata de un excelente desarrollo que, con mil más, prescinde de todo contexto biográfico y no pretende,

LOS PROBLEMAS DEL MÉTODO

— II —

Hay una larga serie de opciones a dilucidar. Y puede justificarse la historia literaria si se dilucidan en cierto sentido. Puede aceptarse que el valor no sale de ella, no es relevado automáticamente por lo temporal. Es una de las objeciones más reiteradas. Pero todavía se justifica la historia literaria si, a pesar de eso, se cree que ese valor está inmerso en la historia y desplegado en el tiempo; si se admite que en él y no fuera de él habrá de encontrarse, aunque relevarlo no sea fácil ni resulte de la perspectiva misma en que vemos las cosas. Puede aceptarse que para la ontología tácita que nace de ciertas posiciones de extremo idealismo se haga imposible la historia literaria, al negarse toda otra realidad que la del autor, la de su creación poética, autónoma y singular, y la de un Espíritu, mayúsculo y sin especificaciones. Puede creerse que en otras ontologías más ricas y más flexibles, las escuelas, las corrientes, los géneros, los estilos y hasta los temas, tengan una especial entidad que no será la del escritor, su expresión lírica o el Espíritu, pero será otra (u otras). Puede sostenerse, por fin, que es una inclinación incoercible de la inteligencia del hombre el historiar sus propias creaciones, viéndolas coherentemente.

Si todo esto pudiera valer por una sumaria justificación de la historia literaria, un montón imponente de cuestiones se agazapan detrás de ella. No son fáciles y lo que es peor, no admiten la abstención del juicio, la prescindencia de una posición.

Si existe el valor, si existe la historia y si existen otras rea-

sin embargo denominarse otra cosa que historia. Llama la atención, por otra parte, que nuestro compatriota emplee ese término de *Índice*, tanto para este libro, que es crítico, como para otro de los suyos, de selección antológica. No es otra cosa su *Índice de la poesía uruguaya contemporánea* (Santiago, Ercilla, 1935). ¿Qué es este término, entonces, que pretendiendo significar algo recubre mercancías tan disímiles? Tampoco es el sintoma más tranquilizador de su vigencia el único discípulo que en esto Zum Felde ha tenido. El *Índice de la poesía peruana contemporánea* de Luis Alberto Sánchez, no forma parte de una obra signada por el rigor. No parece la mejor prueba de una aceptación, de un necesario significado. La invención, para terminar con esto, se nos hace más arbitraria, si se piensa en los móviles subjetivos que la crean, si se reflexiona en lo que elude y en lo que facilita. Porque este *Índice*, en su calidad de comodín metódico, le permitirá a Zum Felde prescindir de un trabajo arduo y tedioso: sistematizar, tabular fechas, ordenar rigurosamente esa tarea de mucho menos brillo que el de lanzar apodicticos pareceres sobre el destino de la cultura en América o sobre cualquier otra refulgente vaguedad.

Lo cierto es, pues, que Alberto Zum Felde emprendió — quéralo o no — una historia literaria de la ensayística en América. Grave es que la haya emprendido a ciegas y en la más completa ingenuidad metódica que pueda imaginarse respecto a todas las dificultades que el género plantea.

Por razones que serían impertinentes aquí, de todas las disciplinas histórico-culturales, la historia literaria parece en nuestros días la de más inestable rumbo, la más incierta en sus métodos, la más dudosa de su propia legitimidad. Polémicas como la que hacia 1930 se trabó entre Spingarn, Daniel Morner y Bernard Fay (admirablemente resumida por Philippe Van Thiegem) o planteos como el que, cerca de un cuarto de siglo después, realiza Gaëtan Picon en *L'Ecrivain et son ombre* (Gallimard, 1953) así lo señalan.

ros de la subjetividad sólo para los ignorantes son limitados. Existe toda una reducción fenomenológica o una investigación sistemática de lo literario con soluciones bastante satisfactorias (Reyes, Servien, Du Bos entre las últimas) y habrá que adoptar un punto de partida que será limitado y sin duda arguable pero que tendrá que operar como objetivo patrón definitivo. Es claro que esta adopción no cumplirá totalmente el papel pontifical entre la naturaleza y el valor: ¿qué verá el historiador y que usará para ello: el microscopio, el telescopio o sus propios ojos? Puede elegir una visión, pero una vez elegida tendrá que tomar en cuenta todo lo que en su campo entre y no dejar afuera porque sí, por no saber ver, o por no mirar, todo lo que está dentro de él. Esto, que tal vez sea más que una imagen, puede valer por una conciliación entre el mero subjetivismo al uso y un objetividad radical, imposible en las ciencias de la cultura. La moraleja de esta comparación es la de que no se puede hacer historia literaria ignorando la mitad de las cosas: no viendo todo lo que está en el campo, no mirándolo todo por falta de esa mirada que es el conocimiento y el estudio; no pudiéndolo ver.

Zum Felde cree tener una perspectiva: (no) es el rumbo de la fácil exaltación y de la mitopéya verbal sino (...) el de la revisión severa de valores y la palabra más estricta; midiéndonos con medida universal, la única que puede darnos la medida de lo que somos. ¿Se ajusta a ella? Más adelante lo veremos.

Pero supongamos por ahora que sea fiel; que su lente esté regulado a un nivel de valores. ¿Qué es, todavía, lo que importa, lo que hay que ver? ¿Qué

es eso del valor de un escritor en la historia literaria? ¿Es el valor de influencia, el de productividad, el de fecundidad? André Gide hacía pensar, con su agudeza de siempre, en las grandes figuras sin descendencia, destacando que lo que se continúa de cada escritor, es lo más imitable, lo más fungible, lo menos valioso. ¿Es el valor de duración, de permanencia? Parece tejido de juicios falibles y subjetivos, influido a su vez por todas "las mentiras convencionales" de las otras historias literarias, de los estímulos oficiales, de las imitaciones pasivas, de las adhesiones muertas. ¿Será el valor de testimonio de una época, de un medio dado? Prima éste casi siempre a la insignificancia del laborioso, del documentario; es un criterio de historiador, ajeno al problema específico. ¿O importará (acaso) el valor representativo, el índice de triunfo o éxito de cada escritor en su vida y en su hora? Racine y Molière quedan, de acuerdo a él, como tantas veces se ha observado, muy atrás de otras solemnes meditaciones de las que hoy nadie se acuerda. Si nos guiáramos por él, haríamos una *Historia hispanoamericana* en base a Vargas Vila, a Chocano, a Juan de Dios Peza, a Hugo Wast... ¿O será, por fin, esa historia, historia desde el presente, visión del pasado desde nuestros actuales patrones de valoración? Resulta, sin duda, el método más limpio, el más desembarazado y (también) el más fácil. Pero devora la historia en beneficio de la crítica; prescinde de la textura temporal de los acontecimientos y, en último término, es sólo el repertorio de juicios desplegados cronológicamente.

Imaginemos resuelto todo esto. Falta todavía la explicación del escritor, su comprensión; el método con que se indagará las fuerzas que plasman su obra. Puede creerse — con diversos fundamentos — que a esta obra la crean un carácter, una vida, la sociedad que la circunda, el lenguaje que emplea, los temas que maneja, las intenciones radicales que la sostienen. Puede creerse cualquier cosa pero se sale del paso con eclecticismos más o menos fáciles.

Todos estos problemas, muy decisivos en cualquier intento de historia literaria nacional se acendran gravemente en el caso de las historias literarias hispanoamericanas. Las mejores, como la de Pedro Henríquez Ureña, son muchas veces poco más que pulcras series onomásticas bien encuadradas cultural e históricamente. Otras, como la de Sánchez o nuestro reciente visitante Aubrun, meros repertorios de audacias e impresiones. La *unidad del campo* en ella es muy laxa; el uso del telescopio inevitable cuando se trata a los escritores del Caribe de principio del siglo y el del microscopio tentador cuando se habla de los amigos o del editor, si éste, además de serlo es escritor. La ausencia correlativa de una historia de las influencias culturales, con técnicas de "literatura comparada" (nomata entre nosotros) crea secuencias artificiales de las que resulta un escritor vecino o discípulo de otro cuando lo único real es que leyeron el mismo libro europeo y reaccionaron simularmente ante él.

Esta lista de cuestiones tal vez parezca demasiado abrumadora. Pero no ha abrumado por cierto a Zum Felde que, a través de las macizas seiscientas

páginas de este *Índice* salta sobre ellas y las elude con una invigridade felicísima.

Falta saber, por ejemplo, qué posición adopta, entre limitar la visión a la existencia singular de grandes escritores o atender a una vida literaria e intelectual en la que los grandes roles de epígonos, de seguidores, tienen un sentido. Estos séquito son muy especialmente significativos en el plano de relación, social en último término, en que circulan las ideas y el género ensayo se ejerce. Tampoco queda claro si atiende a la originalidad y sólo a ella, en cuyo caso se prescinde de las fuentes como cosa ajena y previa a un estudio cabal o si, por el contrario, lo que se distingue entre todo lo que estructura la postérioridad y el temple de ánimo del escritor. A veces esta historia de influencias — tan importante en América — apunta someramente, analizándose por ejemplo, las influencias de Ortega y Gasset y Waldo Frank. Otras falta por completo.

No se sabe tampoco a qué categoría atiende con preferencia: si a los representativos, si a los testimoniales, si a los simplemente valiosos. En el problema de las fuerzas que modelan la obra tampoco es posible deducir si es sociologista (aunque declare no serlo), o psicologista, o formalista, o biográfico, o investigador de líneas temáticas. Por serlo a ratos todo y a ratos nada, se hace arduo deducir una posición coherente. A veces, para explicar la actitud de los positivistas mexicanos, recurre Zum Felde a la circunstancia histórica; a veces, para indagar en la obra de Manuel González Prada, a la biografía y a la psicología. Otras, intenta lo que los alemanes llaman la *stoffgeschichte* (la historia de temas), puesto que el tema americano es, en su caso, el ingrediente mayoritario del libro. Otras, historia un género literario. En su ocasión, el género ensayo. Aunque no se sepa bien lo que ese género es. Aunque no se le deslinde con un mínimo de precisión.

III

¿DE QUE ENSAYO NOS HABLA?

A través de sus seiscientas páginas, Zum Felde persigue la entidad de un ensayo que nunca — o casi nunca — encuentra; que se le hurta, que se le escapa. Careciendo de un previo concepto de su objeto de estudio, puesto que el autor ha iniciado el libro sin una definición manejable de lo que como ensayo considerará, resultan por lo habitual sin fundamento las inclusiones y las exclusiones que, en un intento de precisarlo, postula.

Es absurdo considerar, por ejemplo, *ensayo* las crónicas de la conquista y aún la poesía epígonal de tipo épico pero más absurda resulta la inclusión de después se excluye a priori toda la historia en sus diversas modalidades. Zum Felde no sólo desecha el tratado orgánico o el texto sino también la biografía, la monografía, el más informal ensayo histórico. Los libros de viaje, y esas memorias, ricas de atisbos de lo americano que declara dejar para la narrativa (p. 112). Ni siquiera en estos descortes es metódico, pues entre los viajes estudia el de Concoloroovo aunque prescinde después, para centrarnos al Río de la Plata, de los de Sarmiento, el de Varela, el de Groussac, el

Hispanoamericana

ADVERTENCIA

Esta es la primera de una serie de tres notas dedicadas al examen del último libro de Alberto Zum Felde. El autor no se ha limitado a considerar la obra misma sino que ella presupone. Por lo tanto sus consideraciones aunque se apoyan en la realidad concreta de este libro, tienen alcance general. Las próximas notas estudiarán aspectos complementarios de esta obra. Se publicarán en números sucesivos.

de Zorrilla. ¿Es juicioso incluso, elegir en una ensayística del tema americano la serie admirable de esos viajeros ingleses (un Head, un Haigh, un Darwin y tantos otros) que nos devolvieron, antes que los propios americanos, una visión fresca y vitalista de nuestro mundo? Y ¿ganaríamos mejor en la narrativa que aquí esos retrospectos, esas autobiografías chorreantes de peripetia americana que son los libros del general Iriarte, de José María Paz, de Blanco Pombona y de Vasconcelos?

Todo esto está descartado por Zum Felde como historiografía, al aceptar sólo la historiología o lo que Zum Felde, con ingenuidad metódica sin par en 1955, llama filosofía de la historia. Conoce esta indisciplinada disciplina como cosa radicalmente distinta de lo que, con más ingenuidad aún, llama historia atendida a la sola verdad documental y expositiva (p. 146).

Parece lógico después dejar fuera del libro todo lo atinente a la Economía y al Derecho que se dan en ciertas zonas indiscutiblemente científicas y extraliterarias; pero más allá de ellas se despliega en América una ancha franja de reflexión política, económica, jurídica, social que es muy rica en atisbos ensayísticos y que Zum Felde, sin explicación ni fundamento prefirió olvidar.

¿Con qué criterio, sino el del capricho y la comodidad decidís tomar Zum Felde en cuenta aquella ensayística que esté recogida en libros, y eso no siempre, como agrega con suficiencia magisterial? Teniendo en cuenta la indefinición que para él la ensayística asume, pudo bien haber pensado que se dan obras — y el buen gusto y la hospitalidad de este semanario me impiden mencionar alguna que se me ocurre — que por su valor intrínseco, por su influencia en la mentalidad de un país, por su significación en suma, no hubieran debido quedar fuera de su libro.

Cierto es que nada de lo que hemos mencionado es ensayo en el sentido clásico, tan impreciso por otra parte, que le dieron al género Montaigne y sobre todo la típica línea inglesa de Hazlitt, Lamb y Macaulay. De haber tenido sólo en cuenta ese sentido — cierta magnitud intermedia entre el artículo y la monografía, un movimiento de variedad y libertad, la filmitación

temática, la coexistencia de diversos planos de ideas: estéticas, filosóficas, religiosas, políticas, un lenguaje de carnalidad y ambigüedad significativa —, de ser tenidos sólo en cuenta, la materia a estudiar se hubieran restringido muy severamente. Sólo Montalvo y Rodó entre los mayores, algún otro tal vez, hu-

ya y reteniéndolas o abandonándolas sin razones.

Esta contradicción entre la naturaleza y el valor, es decir: entre una categoría de objetos definidos por una serie de rasgos externos y aquella de los que importan realmente dentro de la primera; la contradicción entre una validez intemporal y



JOSE MARTI
No estaban recogidos

bieran ingresado y cumplido con los cánones. Como su libro tiene seiscientas páginas, parece cierto que tampoco casi nada de lo que Zum Felde trata es ensayo, sino tratado, panfleto, monografía, cabal, artículo y discurso. Todo Martí, por ejemplo, todo González Prada, todo Bello caben bajo estos rótulos.

Alguna vez, para todo este mundo de libros y obras que queda fuera del área de la imaginación narrativa, del teatro y de la poesía nos propusimos usar el término de prosa no imaginativa. El rótulo no es elegante ni siquiera indiscutible, pero nos parece más modesto y más útil que este perseguir una ensayística espectral, tomando presas que nada tienen de tal

una influencia dentro de las series del tiempo; la doble exigencia de atención al escritor y a la obra; la disyuntiva entre la entidad puramente convencional o la efectiva realidad de estilos, corrientes y géneros, son cuestiones que se acentúan aún más gravemente en el caso de la ensayística (suponiéndola incluso bien delimitada).

La plétera, la plétera, es lo que nos mata, decía Alfonso Reyes. En nuestro medio, en estos países, la contradicción entre naturaleza y valor es más aguda en esta zona del ensayo que en cualquier otro género, puesto que todo hispanoamericano alfabetado podrá no haber hecho poesía o cuento o teatro pero es habitual que haya escrito alguna página de orden ensayístico, que, pese a su carácter ocasional, pudo ser importante. Esa página pudo tener en sí, una validez de influencia, de eco, que no se refleje sobre el autor en forma de prestigio y perduración, pero se inscriba, en cambio y durablemente, en el desarrollo de las ideas americanas. Me parece pues, evidente, esta necesidad de contar con todo un mundo de obras menores si las líneas (de temas, de ideas) han de ser coherentes, e igualmente evidente la posibilidad de que estas líneas estén menos imputadas a una personalidad que en el caso de la lírica y de la narrativa. La importancia de las obras, su volumen, en el caso de la prosa no imaginativa parece no contar demasiado. Por lo menos cuenta sin duda en forma muy menor lo que cuenta en el caso de la lírica: Enrique Banchs gran poeta con obra cortísima es una excepción; los sonetos del impresor Plantino y de D'Arvers son poca cosa más que anécdotas de la vida literaria. Que la prosa no imaginativa

esté menos enfeudada que otras a los mecanismos de la expresión, que sea menos imputable a los avatares de lo lírico, de lo expresivo, de lo circunstancial, menos dependiente de una inexorable alusión al personaje autor y a un núcleo total en el que inscribirse, impondrá que la historia del ensayo sea menos un estudio de personalidades que un estudio de obras. De obras que se iluminarán menos en el cotejo con aquella que en el que realicen con otras obras, con otras ideas, con otras influencias.

El pensamiento parece mucho más naturalmente adscripto a esas líneas temáticas y doctrinarias que importan, sobre todo, cuando están en su plena coherencia y completas. Dentro de esas líneas podrán integrarse entonces, obras mayores y obras menores, creaciones originales y simples ecos de influencias, grandes personalidades decisivas y modestos epígonos, circunstancialmente significativos.

A veces nos parece que lo real de este libro, y lo único real, es la historia del pensamiento hispanoamericano que corre, discontinua e informalmente bajo el y para el que sus mejores páginas no serían sino, a la postre, materiales para su desarrollo. Aceptemos que otra cosa parecería poco posible en un género que, para resultar completo, exigiría una erudición y culturas histórica, filosófica, social y filológica que están mucho más allá de las posibilidades mostrables de su autor.

Esta historia de la ensayística, este índice admite la posibilidad de dibujar un plan o un esquema para la historia cabal que podría ser. El tema de lo americano; sus modalidades, sus problemas específicos: el del conocimiento, el de los ingredientes raciales, el de las influencias extramericanas, el del principio, y el realismo político, el de la culpa, el de los peligros, el de las técnicas de la reforma; la gama de actitudes que se dibujan ante ellos; los modos de conocimiento que los enfrentan admite, y alguna vez nos empujaremos en ello, una organización. No parece probable que, mientras no se intente esto, sea posible que una obra del tipo del Índice haga más de lo que hace.

IV

INCLUSIONES Y EXCLUSIONES

Las limitaciones caprichosas que Zum Felde le impone así a un género tan naturalmente sin fronteras como es el ensayo, explican en buena parte las muchas exclusiones que se le han anotado y las innumerables que podrían anotarse. Las reseñas recientes de La Nación y La Prensa de Buenos Aires, la de La Gaceta de Cultura de Montevideo, insisten casi totalmente sobre ellas, como si aspectos más básicos del libro no merecieran más inmediata atención.

Señalemos brevemente: Zum Felde no es fiel a aquella necesidad de coherencia óptica que señalábamos y mucho de lo que queda fuera del libro es tanto o más importante que buena parte de lo que entra en

él. Puede decirse en su defensa que de los nombres realmente decisivos (un Bello, un Sarmiento, un Rodó, un Martí, un Montalvo, un González Prada, etc.) ninguno ha sido excluido pero, más allá de esos hitos inevitablemente visibles todo lo demás se hace, a pocos pasos, oscuro y discutible. Algunos lectores informados podrían pensar pues, por aplicación a este Índice, el título que él propone para el conocido volumen de Mercado Viteri: de algunos ensayistas americanos (p. 587). Nosotros no nos inclinamos a tanto pero pensamos que otro texto de magnitud similar al que se ha escrito podría integrarse con los nombres olvidados (si con el método y los defectos de realización que estamos señalando y señalaremos si ello valiera la pena; si ello resultara — improbablemente — útil).

Marquemos sólo algunos descartes fundamentales.

El de la prosa, ensayística y artículos, por ejemplo, de ciertos escritores — caso de Leopoldo Lugones, de Gabriela Mistral entre otros — cuya significación se centra en otros géneros, pero que han realizado también en este campo una aportación de fundamental importancia.

Constelaciones enteras en las que el ensayo y sus géneros conexos han dominado sobre toda otra forma de expresión literaria se hallan totalmente eliminadas. La generación del 80 argentino por ejemplo que contó figuras como Eduardo Wilde, Lucio V. Mansilla, Martín García Merou, Miguel Cané y Lucio V. López. De las décadas posteriores no se nombra ni a Joaquín V. González ni a Estanislao de Zevallos ni, sobre todo, a Agustín Alvarez, típico ensayista de lo americano, ni al posterior Juan B. Terrán de intereses similares. De la misma época o de la generación de 1900 en América se hallan descartados autores tan inevitables como Francisco Buñes, autor de El porvenir de las naciones Iatinoamericanas, César Zumeta, el de Continúa el enfermo, Joaquín García Monje — aunque sea su actitud de promotor intelectual y no su obra escrita lo importante —, Santiago Argüello, Víctor Belandier, Manuel Díaz Rodríguez, maestro de prosa entre todos los modernistas, Pedro Arcaya, del decisivo grupo venezolano, Ezequiel Chávez, uno de los maestros del pensamiento mexicano, crítico y filólogo, Enrique Molina, de similar significación en Chile y, sobre todo, Alejandro Deustua, básica figura de la filosofía en América, portavoz de las corrientes bergsonianas y, sobre todo, el único pensador de su generación directa y creadora mente interesado en estética.

Descartado se halla también todo lo que cabría llamar el pensamiento tradicional en política, religión y filosofía. De esta corriente de pensamiento cuya importancia y valor, pudiéramos decir adicional, ha destacado con su agudeza José Gass, no se mencionan siquiera dentro del XIX americano a Incaes Alatamán, a Bartolomé Herrera, ni a los argentinos Esquivá, Goyena, José María Estrada y Félix Frías, ni a los coti- (Pasa a la pág. siguiente)

SUREÑA REPONE OBRAS DE INTERES

- LANSON Histoire de la Littérature Française, Complétée pour la Période 1850 - 1950
- VERCORS Le Silence de la Mer
- BOURGET Le Disciple
- VICTOR HUGO Odes et Ballades - Les Orientales
- FOURNIER Le Grand Meaulnes
- MERIMEE Chronique du Règne de Charles IX
- BRUNES Géographie, Cours Moyen
- VOLTAIRE Contes, Zadig, Candide, Jeanot et Colin, l'Ingénu
- BAILLY Dictionnaire des Synonymes
- COLL. A. COLIN Probabilités - Erreurs, Géométrie Analytique, Calculs Numériques et Graphiques, Mathématiques Financières

Obras de Arte - Cuadros Modernos - Reproducciones Ediciones de Lujo

S. A. Productora Artística Sureña

PALACIO SALVO — (Subsuelo)

Teléfono: 9 05 27

... de la pág. anterior)
al vez Benedetti hubiera pre-
terido (y merecido) no estar
an robinsoniamente solo.

Una conclusión y hasta una
disculpa parecen evidentes. Es
la de la pobreza — que ya al-
guna vez hemos señalado — con
que se da entre nosotros esa
ensayística de lo americano o
de lo nacional tan copiosa en
otros países. El Nirvana de
Costa podría ser un antecedente
lejano de ella. El Ariel, has-

Del Sr. Methol Ferré

★ Hemos recibido (miér-
coles 26, a última ho-
ra) una carta del Sr. Me-
thol Ferré en que se discu-
ten algunas afirmaciones
del artículo sobre José Or-
tega y Gasset de nuestro
numero anterior. Será pu-
blicada en nuestra próxi-
ma edición.

ta cierto punto, un interme-
dio. Pero en un largo trecho
sólo Julio Martínez Lamas,
con su *Riqueza y Pobreza del
Uruguay* (1930), intentó acer-
carse, desde una perspectiva
económica, a nuestra realidad
orgánica. Sólo en nuestros días
se dan algunos nombres. La
tentativa, por ejemplo, que im-
porta el libro de Horacio Arre-
dondo: *La Civilización del Uru-
guay*. Algún volumen, poco co-
nocido, de Güinasso. Algunos
artículos de Lockhart y Arturo
Sergio Visca en *Asir* son funda-
mentales. Carlos Maggi y Ma-
nuel Flores Mora se han acerca-
do, por la vía humorística pero
muy agudamente, a nuestra en-
tidad nacional. Por vía distinta
lo hace Daniel Vidart desde
El Día. Han manejado igual-
mente esa temática en *Proble-
mas de la Juventud Uruguaya*,
Roberto Ares Pons y Juan J.
Fló.

Algunos planteos más cono-

cidos pueden parecer cuestio-
nables. El de Eduardo J. Cou-
ture en *La Comarca y el Mun-
do*, abunda en un optimismo
que a otros rechaza. Le mue-
ve cierta inclinación congenial
a destacar los aspectos lumino-
sos y estimulantes de la reali-
dad, un indesarraigable ses-
go activista y pragmático,
una rodoniana inclinación al
epilogo esperanzado. El de Jus-
tino Jiménez de Aréchaga: *Panorama institucional y social
del Uruguay a mediados del
siglo XIX* (1949) es un reflejo
de la natural satisfacción que
embarga a la clase dirigente
político-financiera-doctoral, que
controla el país — suaviter in
modo, fortiter in re — desde ha-
ce tres lustros.

Piénsese lo que se quiera de
estos y otros intentos ¿cómo
no tenerlos en cuenta en un
volumen tan copioso, tan arbi-
trario en ciertas inclusiones?

Carlos Real de Azúa.

APARECIO NUEVA EDICION DE
GEOGRAFIA ECONOMICA
de JONES DAMKERWALD

ACABA DE APARECER

Dr. ALEJANDRO ARIAS

Doctor en Filosofía y en Ciencias de la Educación
Ex-Profesor en la Facultad de Humanidades y Ciencias

FILOSOFIA DE LA EDUCACION

Prólogo del Dr. Emilio Oribe — II Edición

de próxima aparición

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

por **LAUXAR**

Homenaje en su centenario

Solicite su ejemplar en

La Casa del Estudiante

EDUARDO ACEVEDO 1422 — Montevideo — Uruguay

MARCHA

TODA LA SEMANA EN UN DIA

Páginas 23